SOLITARIO

¿A quién confiaré mi dolor?

Crepúsculo. La nieve, densa, gira perezosamente al rededor de los mecheros de gas, encendidos un momento antes, y se posa como una capa blanda encima de los tejados, sobre el dorso de los caballos y en los sombreros. El cochero Iona Potapov parece una fantasma por lo blanco. Replegado cuanto puede replegarse un cuerpo humano, está sentado en el pescante y no hace un movimiento. Aunque se deslizara sobre él una montaña de nieve, no sentiría, a lo que parece, necesidad de hacerla caer. El caballejo está blanco e inmóvil como su dueño.

Hace ya mucho tiempo que Iona y su caballo no se mueven. Salidos del pesebre poco después de la comida, están desocupados todavía..... Y la humedad de la tarde cae sobre la ciudad. La luz de inumerables faroles reemplaza la del día. La ruidosa agitación de las calles llega al máximum.

—¡Cochero! Barrio de Vybarg! oye de repente Iona.

Iona se estremece y a través de las pestañas pegadas por la nieve, ve un oficial de capa, con la capucha puesta.

—Barrio de Vybarg! repite el oficial.—Está dormido? Barrio de Vybarg!

Iona, en señal de asentimiento, recoge las riendas y con el movimiento hace caer de sus hombros y de la espalda del caballo, montones de nieve. El oficial se sienta en el trineo. Iona excita con los labios al caballo, se echa hacia delante, extiende el cuello y, más por costumbre que por necesidad, hace sonar la fusta.

Universidad del Rosario Archivo Histórico

El caballo alarga también el cuello, y se pone en movimiento con paso indeciso.

—Bruto, dónde va! oye gritar Iona desde los primeros pasos en la masa negra que sube y baja.—¿A dónde diablos va? Siga a la derecha.

El oficial se disgusta:

—No sabe guiar? Siga a la derecha!

Un transeúnte que, al atravesar la calle, ha tocado con el hombro la nariz del caballo, mira a Iona con aire furibundo, y se sacude la manga. Iona, como si estuviera sobre ascuas, se revuelve en el asiento, mueve los codos a derecha e izquierda, menea los ojos como si lo estuviera cegando la niebla, y parece no comprender dónde está ni por qué está allí.

—¡Perezosos! exclama el oficial; dijérase que se han dado la consigna de venir expresamente a arrojarse sobre usted o bajo su caballo.

Iona se vuelve hacia su cliente y mueve los labios.....

Quisiera decir algo, pero no sale de su boca sino un ronquido.

—Qué?..... pregunta el oficial.

Una sonrisa frunce los labios de Iona, hace un esfuerzo y dice con voz enronquecida:

—Mi hijo, señor..... ha muerto esta semana.

—Hum..... ¿de qué murió?

Iona vuelve completamente el busto y dice:

—¿Quién sabe? De calentura, probablemente..... Estuvo tres días en el hospital y murió. ¡Hágase la voluntad de Dios!

—Vuélvase, demonio! grita una voz en la oscuridad. Ya no ve, perro? Abra los ojos!

—Adelante, adelante, dice el oficial, o no llegamos antes de mañana..... Apure un poco.

Iona vuelve a extender el cuello, se levanta y agita la fusta. Varias veces se vuelve hacia el oficial, pero éste ha cerrado los ojos y no parece que quiere escucharlo.

El oficial se baja en el barrio de Vybarg, y en seguida Iona se detiene cerca de una tienda, se encoge de nuevo en el pescante, y se queda inmóvil. La nieve densa blanquea de nuevo el caballo..... Pasa una hora. Otra.

Tres jóvenes llegan discutiendo.

—Cochero, a la policía! grita con voz vacilante uno de ellos. Todos tres. Veinte kopeks.

Iona recoge las riendas y hace chasquear la lengua. Veinte kopeks es un precio ridículo, pero él no piensa en el precio. Un rublo o cinco kopeks es lo mismo con tal de tener clientes.

Iona siente a su espalda los cuerpos que se mueven y las voces que vacilan; oye las injurias que le dirigen; ve las personas, y la sensación de soledad que lo poseía empieza a adormecerse.

Iona se vuelve hacia ellos a cada instante.

Aprovechando un momento de calma, se vuelve otra vez y murmura:

—En esta semana..... perdí un hijo .....

—Todos moriremos. Vamos, apure! Aprisa! Señores, yo no puedo seguir así. De esa manera, ¿cuándo llegaremos?

—Pégale para que se anime!

—¿Oyes? Si tuviéramos consideraciones contigo, tendríamos que irnos a pie. ¿Te burlas de lo que te decimos?

Iona, más que sentir, oye los golpes que le dan.

—¡Ja! ¡ja!..... cómo están de contentos! Dios los conserve así!

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

—¿Eres casado? pregunta uno de los borrachos.

Yo! Ja, ja, ja..... ¡Qué contentos están los señores!..... Ahora, mi mujer es la tierra húmeda..... la tumba, mejor dicho..... Ya ven: mi hijo se murió y yo vivo! ..... ¡Qué cosa! La muerte se equivocó de puerta..... En lugar de venir a mí fue a buscar a mi hijo....

Iona se vuelve para contar cómo murió su hijo.

Pero ellos, suspirando levemente, dicen que ya han llegado..... Iona recibe los veinte kopeks y los mira desaparecer en un oscuro portal.

Otra vez solo! Otra vez recomienza el silencio..... La pena, suavizada un momento, renace y le infila con mayor fuerza el pecho. Los ojos de Iona recorren afanosamente los grupos que se apretujan a los dos lados de la calle. ¿En esa multitud no habrá alguien que quiera escucharlo? Pero la multitud pasa y no lo ve, ni ve su pena tampoco.

Dolor enorme, sin límites! Si el pecho de Iona se reventara y se derramara su angustia, inundaría el mundo; y, sin embargo, nadie la comprende! Supo alojarse en una vestidura tan miserable, que nadie la vería ni a plena luz.....

Iona divisa un hombre con un saco de estera y resuelve conversar con él.

—Amigo, le pregunta—¿qué horas serán?

—Las nueve, pasadas..... ¿Pero por qué se detiene? Adelante!

Iona avanza unos pasos, se recoge dentro de sí mismo y se entrega a su dolor. Se convence de que dirigirse a la gente es trabajo perdido.

Y no han pasado cinco minutos cuando se incorpora, levanta la cabeza como si sintiera un dolor muy agudo y recoge las riendas..... No puede más. «A la pasta---se dice---a la pasta!»

El caballo, como si comprendiera también, empieza a trotar. Al cabo de hora y media, Iona está ya sentado cerca de una chimenea grande y sucia, rodeado de gentes que yacen por tierra o sobre bancos, y se arrepiente de haber entrado tan temprano.

Un cochero se mueve en un rincón, se lamenta medio dormido, y se levanta a beber agua.

—Tienes sed?

—Sí.

—A tu salud! Sabes, hermano, que mi hijo ha muerto esta semana en el hospital?

Iona quiere mirar qué efecto producen sus palabras, pero no ve nada ..... El cochero se ha tapado la cabeza y duerme. Iona suspira..... El cochero no tenía deseos de hablar sino mientras satisfacía la sed. Ya va a completarse una semana desde que murió su hijo, y no ha podido todavía contárselo tranquilamente a nadie. Sería preciso narrarlo con orden, lentamente; narrar cómo cayó enfermo, cómo sufrió; lo que dijo antes de morir y cómo murió ..... Sería indispensable hablar de entierro y de la vuelta al hospital a recoger sus ropas. Hay tántas cosas acerca de las cuales Iona pudiera hablar esta noche..... ... Quien lo escuchara, suspiraría, se lamentaría y sabría compadecerlo. Contárselo a mujeres sería mejor: es tan fácil hacerlas llorar.....

---Debo ir a mirar mi caballo. Ya habrá tiempo de dormir. Y se va a la caballeriza.

Piensa en el forraje, en el tiempo que hace.

Pensar en su hijo, estando solo, es imposible..... Podría hablar con alguien, pero pensar estando solo, y representárselo vivo, es enormemente doloroso.

---¿Comes? le pregunta al caballo al ver cómo le brillan los ojos. Come, come! Puesto que no ganamos

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

para avena, comamos heno..... Sí; ya estoy demasiado viejo para jugar a auriga..... A mi hijo le quedaría muy bien, pero a mí no. El era un verdadero cochero.

Iona se calla un momento y vuelve a comenzar:

---Sí, es así, ya no existe Konzma Ionytch.... Quiso dejarnos. Fue de un momento a otro, y no tenía por qué morir..... Oye; supongamos que tienes un hijo, que tú eres su madre y que, de repente, ese hijo te abandona; ¿no sería doloroso?

El caballo come, escucha, y resuella sobre las manos de su dueño.....

Iona le cuenta todo.

Y. SCHEKHOV

FUGITIVA

Por qué te busco aún si te marchaste
y si tánto te amé por qué te fuiste?
tú que mis caros sueños compartiste
acaso mis ternuras olvidaste?

Por qué los dulces ojos apagaste
que con tu luz, oh Dios, embelleciste?
por qué, Señor, si tuya me la diste
y si mía por qué me la quitaste?

Decidme, aves errantes: hacia el cielo
pasar no vísteis en callado vuelo
la virgen de mi amor buscando un nido?

Decidme, castas flores del pasado:
qué haréis de vuestro aroma delicado
si ya la dueña del vergel se ha ido?

MANUEL JOSÉ FORERO

Universidad del Rosario Archivo Histórico